



UNA ARGENTINA EN EL CONCILIO

**Margarita Moyano Llerena
nueva auditora laica en el Concilio**

Margarita Moyano Llerena fue por seis años Presidenta de la Asociación de Jóvenes de la Acción Católica. Actualmente reside en Bélgica.

El año anterior, por primera vez en la historia, quince mujeres penetraban en las sesiones secretas de un concilio. Ocho eran religiosas y el resto laicas.

Las primeras pertenecían a confederaciones o asociaciones internacionales de congregaciones que representaban a cinco continentes. De las segundas, cinco eran dirigentes de organizaciones de laicas y las dos restantes viudas de guerra.

Un interrogante se planteó de inmediato entre los observadores. ¿Que hacían dos viudas de guerra en el Concilio? El escueto comunicado de la oficina de prensa del Concilio expresaba que las viudas “representaban las aspiraciones más profundas de la humanidad por una paz justa y cristiana”. La explicación no resultó convincente y averiguaciones posteriores permitieron establecer que los nombramientos habían sido entregados erróneamente debido a un traspapelamiento.

Quizá por esa razón en la sesión anterior las mujeres latinoamericanas no estuvieron.

8-12-1965

El Papa Pablo VI entrega a Margarita Moyano el mensaje a la juventud, en el día de la Clausura del Concilio Vaticano II (1965).

"El Concilio sigue siendo una tarea"

Reportaje a Margarita Moyano

Vida Pastoral entrevistó a Margarita Moyano, una de las contadas laicas que en 1965 participó de la cuarta sesión del Concilio Ecuuménico Vaticano II. A cuarenta años del inicio de aquel acontecimiento eclesial, brindamos este testimonio.

REPORTAJE A MARGARITA MOYANO

Vida Pastoral: *¿Cómo llegaste a participar de la cuarta sesión del Concilio Vaticano II?*

Margarita Moyano: En aquellos años yo residía en Bruselas, Bélgica, porque era presidenta de la Federación Mundial de Juventud Católica. Supongo que mi participación tiene que ver con ese hecho. Digo "supongo" porque la invitación a participar era personal, no institucional.

VP: *¿Cuáles son tus recuerdos privilegiados de esa experiencia?*

MM: Me tocó vivir desde dentro la cuarta sesión del Concilio Vaticano II a título de *auditora* laica, designada por Paulo VI. Éramos sólo ocho o diez mujeres laicas. Lo nuestro era *escuchar* en el aula conciliar, la basílica de San Pedro, y *participar* –con voz– en los "circuli minores" (comisiones de trabajo). A lo largo de los meses que duró la sesión pude percibir tanto la dimensión humana como la intervención divina en esa aventura inmensa emprendida por el papa "bueno" y "audaz", Juan XXIII. Los padres conciliares eran hombres que experimentaban su debilidad y su pecado ante semejante empresa. Pero también eran hombres que se apoyaban en la fuerza de Dios. Y esto lo manifestaban en la oración. En la víspera de la apertura de la cuarta sesión conciliar, recuerdo la procesión penitencial por las calles de Roma, con Paulo VI a la cabeza y más de dos mil obispos detrás rezando y cantando los salmos de perdón. Y la suplica común, al inaugurar la sesión al día siguiente, expresada en el canto del "Ven Espíritu Santo". Tuve la sensación de palpar de cerca algo de ese misterio que es la Iglesia, Pueblo de Dios y madre que nos da la vida, santa y pecadora, prostituta y fiel, misterio entretejido por hombres y mujeres en los que irrumpe el Espíritu de Dios, como también irrumpe en la historia de toda la humanidad.

VP: *¿Cuál fue el fruto del Concilio?*

MM: El Concilio, más allá de sus dieciséis documentos, produjo una nueva comprensión de la Iglesia: que ella no existe para sí misma sino que, centrada en Cristo, debe de lanzarse hacia una misión liberadora. Un día antes de que concluya el Concilio, el 7 de diciembre de 1965, Paulo VI pronunció una alocución histórica: "¿Para qué este Concilio?", se preguntaba. "¡Para servir al hombre!". La Iglesia aparecía en sus palabras como una Iglesia servidora, abierta al diálogo. Una Iglesia pobre y de los pobres, como lo quería Juan XXIII.

VP: *¿Lo viviste también como un acontecimiento ecuménico?*

MM: ¡Sí! Recuerdo emocionada el día en que se aprobó la Declaración *Dignitatis Humanae* sobre la libertad religiosa. Era un 21 de setiembre, y aunque estábamos en el hemisferio norte, parecía primavera. Recuerdo la alegría del hermano Roger Schutz, prior de Taizé y de tantos hermanos de diversas confesiones que estaban presentes como observadores. En la víspera de la clausura del Concilio asistimos a un momento histórico. Entró en la basílica el metropolitano Melitón, representante del Patriarca Atenágoras de Constantinopla, y detrás el papa Paulo VI. Junto al altar de la confesión cada uno reconoció errores y pidió perdón por la mutua excomunión ¡que ya llevaba casi mil años! y luego se fundieron en un abrazo. Los expertos y los auditores presentes nos preguntábamos, emocionados, porque nos tocaba a nosotros ser testigos de ese momento tan único.

VP: *¿De qué manera la Iglesia latinoamericana se hizo presente en el Concilio?*

MM: Quizá lo más significativo fue un grupo de obispos que desde la primera sesión conciliar comenzó a reunirse cada año para reflexionar sobre el tema de "la Iglesia de los pobres". Como solían ir a rezar a las catacumbas se los llamó "los obispos de las catacumbas". Antes de la clausura del Concilio estos obispos transmitieron a sus pares lo que modestamente llamaron su "proyecto", que en realidad era un compromiso exigente de pobreza de vida. Algunos de ellos fueron Don Helder Cámara, de Brasil, y Alberto Devoto, de Argentina. Se comprometían con un estilo de vida sencillo, austero, renunciando a toda posesión y a ser llamados con títulos de dignidad, evitar todo privilegio y alianza con los poderosos, exigiéndose trabajar por la justicia y la promoción humana y a vivir el ministerio episcopal como servicio. Habría que encontrar hoy ese texto de hace ya tanto tiempo para darnos cuenta hoy cómo inspiró a tantos pastores en nuestro continente.

VP: *El Concilio se nos aparece, a veces, como una tarea inconclusa. ¿De quién depende que esta siga siendo la Iglesia del Vaticano II?*

MM: Al volver del Vaticano II y ver mi entusiasmo mucha gente me expresaba sus temores de que los documentos del Concilio quedaran en letra muerta. Y yo respondía lo mismo que respondería ahora: ¿de quién depende que estos textos se vuelvan letra viva? Es verdad que ante todo de los pastores, ante quien nos asiste el derecho de esperar una actitud clara, firme y decidida. Pero también depende de cada uno de nosotros. En sincera comunión con los pastores pero con la libertad de los hijos de Dios, el Concilio sigue siendo una tarea que espera de cada uno de nosotros su compromiso y su decisión. Porque lo que para muchos son textos, para mi generación fueron acontecimientos, llenos de júbilo y frescura y cargados de esperanza.

VP: *A tantos años del Concilio, y a la luz del propio Concilio, ¿cómo ves hoy a la Iglesia en Argentina?*

MM: No puedo decir cómo la veo solamente hoy. En cuarenta años ha habido muchas etapas. Por ejemplo, me dio mucha alegría la etapa que han marcado las *Líneas pastorales para la nueva evangelización*, en 1990. Porque hubo momentos en los que pareció desdibujarse el acento que se había puesto en la *Declaración del episcopado argentino (= Documento de San Miguel)* en 1969. Cuando en 1990 se retoma lo dicho en *San Miguel*, para mí significó un recuperar una conciencia y una claridad de visión que en general parecía olvidada. Pero no podemos hablar de la situación de la Iglesia argentina sin hablar de la situación del país. Cuando pienso en lo que han sido estos últimos años en los que la Iglesia se ha desprendido, con costos, de todo lo que ha sido esa vinculación con el poder y se ha atrevido a denunciar situaciones de injusticia y a jugarse en términos institucionales para que cambien las cosas, me da una alegría y una esperanza enormes. Sin ir más lejos, me parece muy importante lo de la mesa del diálogo. Todo lo que percibo en estos últimos años donde no sólo no se ha callado sino que ha reconocido errores, ha perdido perdón... Y habrá quien diga: "bueno, eso no basta". Nunca basta. Siempre se puede hacer más. Pero me parece que ha sido un esfuerzo de libertad y de toma de responsabilidades pastorales muy nítida.

VP: *¿Podríamos decir que todo esto es fruto remoto del Concilio?*

MM: Para mí sí son frutos. Y al hablar de la Iglesia en estos momentos me estaba refiriendo a la jerarquía. Pero creo que esto se revela en instituciones, en líneas que bajan a los agentes pastorales. Tengo la impresión que esto que dije antes se manifiesta en la Iglesia toda. Y que este esfuerzo de solidaridad, de poner el hombro, en buena parte es fruto remoto de la opción por los pobres, y de esa conciencia que fue meterse en la historia y en la vida de los pobres que fue *Gaudium et spes* y el Concilio Vaticano II.